UN CORAZÓN QUE NOS AMA

«Nos amó». Con esas palabras de san Pablo a los romanos (Rom 8,37) ha titulado el

papa Francisco su carta encíclica publicada el día 24 de octubre de este año 2024. Con ella

evoca el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo para recordarnos que de ese amor

nada podrá separarnos (Rom 8,39).

1. El Papa dice que en la cultura líquida actual falta corazón. “Viendo cómo se suceden

nuevas guerras, con la complicidad, tolerancia o indiferencia de otros países, o con meras

luchas de poder en torno a intereses parciales, podemos pensar que la sociedad mundial está

perdiendo el corazón”. Es preciso acudir al Corazón de Cristo, “ese centro de su ser, que es un

horno ardiente de amor divino y humano y es la mayor plenitud que puede alcanzar lo

humano”.

2. Además, menciona algunos gestos de Jesús que reflejan su corazón, como son su

mirada y sus palabras, en las que manifestaba la hondura de su compasión y de su amor.

3. El Corazón de Cristo es objeto de adoración, al ser parte de su Cuerpo resucitado,

inseparable del Hijo de Dios que lo ha asumido para siempre. La Eucaristía es presencia real

que se adora, pero la imagen nos orienta a elevar nuestro corazón al de Cristo vivo

4. Los antiguos Padres de la Iglesia afirmaron la realidad del afecto humano del Señor.

“El corazón es símbolo de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la

preciosa dote de su voluntad humana. Finalmente es símbolo de su amor sensible”.

5.  San Juan Pablo II enseñaba que “el Corazón del Salvador invita a remontarse al

amor del Padre, que es el manantial de todo amor auténtico”. Eso mismo es lo que el Espíritu

Santo, que llega a nosotros desde el Corazón de Cristo, busca alimentar en nuestros

corazones.

6. El papa Francisco recuerda la importancia que el agua tiene en la Biblia. Pues bien,

del costado abierto de Jesús crucificado brotó el agua del Espíritu que representa la Palabra,

su gracia y los sacramentos que la comunican.

5. Jesús manifestó a Santa Margarita María de Alacoque su gran amor a los hombres,

que no recibe a cambio sino frialdad y repulsas, ingratitudes y desprecios. “La mejor

respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos”.

6. Nuestro amor a Cristo ha de tener una dimensión social y misionera. “El mayor

riesgo en esa misión es que se digan y se hagan muchas cosas, pero no se logre provocar el

feliz encuentro con ese amor de Cristo que abraza y que salva”.

Finalmente, el Papa pide al Señor que de su Corazón broten para nosotros esos ríos de

agua viva que sanen las heridas que nos causamos, fortalezcan la capacidad de amar y de

servir, y nos impulsen a caminar juntos hacia un mundo justo, solidario y fraterno.

José-Román Flecha Andrés